

Lunes, 11 de septiembre 2017

“Si Cristo Jesús vive en él, su amor se manifestará en él” (1Jn 2,3-6).

Col 1, 24-2,3 Ahora completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo.

Sal 61, 6-7.9 Mi salvación y mi gloria están en Dios.

Lc 6, 6-11 Extiende tu mano. Él la extendió y su mano quedó curada.

¿Qué motiva al hombre el odio a la fe en Cristo, que, ciegos por la cólera tratan de matar al mensajero de la paz? Si los cristianos buscan el bien, ¿por qué van contra la Iglesia? El mundo vive atemorizado, unos maltratados, otros marginados, perseguidos, esclavizados... La violencia se apodera de los corazones y las mentes se corrompen. El mundo está enfermo, ¿quién lo sanará? La mano derecha paralizada y los perversos al acecho. ¿Qué estamos haciendo y qué podemos hacer? ¿Qué haría Jesús? Comprensión y firmeza, formación, escucha de la Palabra y perseverancia. ¿Cómo amasar la palabra de Dios y apoyar a los que están contra la vida? ¿Qué mueve mi vida? Y, ¿qué te está permitido hacer?

He sido encargado de llevar a su plenitud la Palabra de Dios, y que ahora Dios quiere manifestar a sus santos. Nosotros anunciamos a Cristo, exhortando a los hombres e instruyéndolos en la verdadera sabiduría, a fin de que todos alcancen su madurez en Cristo. Por esta razón, me fatigo y lucho con la fuerza de Cristo que obra en mí. Mi deseo es que se animen unidos en el amor. Así conoceremos el misterio de Dios, que es Cristo.

Siempre hay personas que observan para encontrar algo de qué acusarnos. Pero Jesús, que conoce nuestros corazones nos anima: Levántate y ponte de pie delante de todos, para que manifiestes que lo que te impulsa es el amor de Dios.

Porque, ¿qué está permitido, hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla? Nos mira con misericordia... y espera nuestro Hágase.

Sábado, 16 de septiembre 2017

“De la abundancia del corazón habla la boca.”

1Tm 1,15-17 Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda su paciencia.

Sal 112,1-7 Levanta del polvo al desvalido, y al pobre de su miseria.

Lc 6, 43-49 Cada árbol se reconoce por su fruto.

Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, vino a salvarme a mí y a ti.

No hay árbol bueno que dé frutos malos, ni árbol malo que dé frutos buenos: No se recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las zarzas. No seamos vanidosos envidiándonos unos a otros. Ayudémonos más bien, para que el amor de Cristo se manifieste en nosotros (Ga 5,26-6,2). El hombre bueno saca el bien del tesoro de bondad que tiene en su corazón. El malo saca el mal de su maldad.

¿Por qué ustedes me llaman: "Señor, Señor", y no hacen lo que les digo? Yo les diré a quién se parece todo aquel que viene a mí, escucha mis palabras y las practica. ¿Quién es el que escucha? El que ora la Palabra. Y ¿quién es el que la practica? El que la encarna, porque la asume, la entraña y la vive.

¿Acaso quieres construir tu fe, tu vida sin cimientos? La roca es Cristo Jesús, la piedra que desechan los que se creen que saben y que, sin embargo, es la piedra en la que se fundamenta el edificio. ¿Qué hace el que quiere construir bien alto? Hacer los cimientos más profundos. Cuando vengan los terremotos se moverán, pero no se caerán, porque está bien construido. En cambio, el que no profundiza, cualquier contrariedad lo desequilibra y cae.

Pero en las cosas de Dios no son los listos, sino los sencillos, los que dejan que sea el Señor el que ponga los ladrillos, nosotros el barro. Sencillo es quien no está centrado en sus propias fuerzas y capacidades, y acoge más fácilmente la gratuidad de Dios.

Miércoles, 13 de septiembre 2017

“Conocemos su amor, pues dio su vida por nosotros. Hagamos lo mismo”

Col 3, 1-11 Hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal.

Sal 144, 2-3. 10-13b El Señor es bueno con todos.

Lc 6, 20-26 Jesús, miró a sus discípulos y dijo: Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece.

Si hemos resucitado con Cristo, ¿por qué no buscamos las cosas de Cristo? ¿Dónde ponemos nuestra mirada, nuestros afanes...? Si nuestra vida no está en Cristo, no se podrá manifestar y su gloria no estará en nosotros. No dejemos que la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría, se apoderen de nuestro corazón. Y así no saldrá de nosotros la ira, el rencor, la maldad, las injurias y las conversaciones groseras. No habrá envidias ni engaños. Nos revestiremos del hombre nuevo, que se renueva constantemente según la imagen de su Creador, pues para Cristo es todo y está en todos.

Que nos demos cuenta de que todo lo que hacemos es porque tú sostienes nuestra vida, por eso, que todo lo que hagamos sea porque tú lo realizas en nosotros y por eso, tus obras te den gracias, Señor, y fieles a tu amor te bendigamos.

Alegrémonos y llenos de gozo esperemos ser recibidos en el cielo. Procuremos no ser de los satisfechos, de los que no necesitan nada, porque ya están pagados de sí mismos.

El que tiene y pone lo que tiene en beneficio de los demás, ése recibirá más; pero el que teniendo no ayuda a los demás, perderá hasta lo que tiene. ¡Qué pena!, se nos dan muchos dones, pero miramos y no los vemos, porque nuestro corazón está cerrado y no dejamos que nos afecte, escuchamos, pero no lo llevamos a la práctica, no entrañamos la Palabra. ¡Cuántas personas desearían ver y tener lo que a vosotros se os da y no lo aprovecháis!

Jueves, 14 de septiembre 2017

Exaltación de la Santa Cruz

“A Dios le entenece más el cariño que ponemos que lo que hacemos.”

Nm 21, 4b-9 En el camino, el pueblo perdió la paciencia y comenzó a hablar contra Dios y contra Moisés.

Sal 77, 1-2. 34-38 Pueblo mío, escucha mi enseñanza, presta atención a las palabras de mi boca.

Flp 2, 6-11 Jesucristo, de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente.

Jn 3, 13-17 Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

¿Qué es lo que el Señor quiere, obediencia o sacrificios? La obediencia vale más que el sacrificio (1S 15,22). Ya te han dicho lo que el Señor quiere de ti, lo que está bien: que defiendas la verdad, el derecho y ames la lealtad y seas humilde (Mi 6,8). Es Jesús crucificado el que me hace mirar y veo su cuerpo necesitado, veo tantas personas que necesitan ser acogidas, que buscan consuelo, ayuda... ¿Qué tengo yo, Señor, que mi amistad procuras?, ¿quién soy para ti?

Mantengámonos unidos en el amor, para que el ánimo no decaiga y así alcancemos a Cristo, que quiere manifestarse en nosotros, amonestando e instruyendo, para que apoyados en él seamos su amor.

Pero con frecuencia nos quejamos, nos cansamos, entramos en la rutina...: Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti. Pero lo decían de labios para afuera y mentían con sus lenguas; su corazón no era sincero y no eran fieles a su alianza. Y el Señor, que es compasivo, los perdonaba una y otra vez.

¿Qué nos enseña Jesús? Lo contrario, se anonadó a sí mismo, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso se complació y lo exaltó, para que toda lengua lo proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre. Y así, el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que el que cree en él, tenga Vida eterna.

Viernes, 15 de septiembre 2017

“A Jesús le interesa la fidelidad y la entrega en respuesta a su amor.”

Hb 5, 7-9 Aprendió de sus propios sufrimientos qué significa obedecer.

Sal 30, 2-6. 15-16. 20 Sálvame, Señor, por tu misericordia.

Jn 19, 25-27 Desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

Jesús también suplicó en su carne mortal, y también hizo peticiones y fue escuchado por su humilde sumisión. Y, aunque era Hijo de Dios alcanzó la perfección de este modo, y con ello la salvación eterna para todos los que le obedecen.

Por tanto, lo importante no son los sacrificios ni ofrendas, sino la obediencia. El que me ama guarda mi palabra y obedece (Jn 14,15). Se trata de obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 5,29).

Señor, Dios fiel, tú me rescatas, por eso pongo mi vida en tus manos, confío en ti, y te digo: Tú eres mi Dios, mi destino está en tus manos. ¡Qué grande es tu bondad, Señor!

Precisamente junto a la cruz, cuando era tan grande su suplicio, Jesús ve a su madre y junto a ella al discípulo que tanto amaba; con cuánto cariño miró a su madre y vio al amigo: Mujer, aquí tienes a tu hijo. Mamá, no te quedas sola, ahí tienes un hijo; amigo, ahí tienes a tu madre.

Cuando hacemos peticiones a Jesús nos pregunta: ¿Qué deseas? ¿Sabes lo que pides? ¿Estás dispuesto a acoger lo que conlleva lo que me pides? Lo importante es saber qué, por qué y para qué se pide. No sabéis lo que pedís... El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, no sabemos pedir lo que nos conviene, el Espíritu intercede según Dios (Rm 8,26-27).

Dios se hace el contradictorio en nuestras vidas, se nos hace presente en la persona que da, que se da y que nos necesita, pues nos hace recordar sus palabras: Lo que haces con ellos, me lo haces a mí. Escucha, acoge, ayuda. Aguardan anhelantes, son tu familia, sus hijos.

Martes, 12 de septiembre 2017

“El amor consiste en que él nos amó primero, puso en nosotros su amor”

Col 2, 6-15 En Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad.

En él participamos de esa plenitud de Cristo.

Sal 144, 1-2.8-11 El Señor es bueno con todos.

Lc 6, 12-19 Jesús se retiró a una montaña para orar.

¿Experimentamos la alegría de quien se siente perdonado, acogido, amado, abrazado? ¿Participamos de la plenitud del amor de Cristo Jesús? Si nuestro corazón no está agraciado, ¿cómo va a estar agradecido? ¿Cómo va a vivir dando gracias? Es Cristo el que nos hace revivir con él, perdonando todas nuestras faltas, y clavándolas en la cruz. En el bautismo fuimos sepultados con él, y con él resucitamos por la fe.

El Señor es bondadoso y compasivo, lento a enojarse y de gran misericordia; y tiene compasión de todas sus criaturas.

Cuando el corazón está necesitado, acude a aquel que puede colmar su necesidad. Pasó la noche orando y cuando se hizo de día, cuando lo tuvo claro, llamó a sus discípulos y eligió a doce de ellos, a los que dio el nombre de Apóstoles. Al bajar con ellos se detuvo, porque había muchos que querían escuchar su palabra y necesitaban ser curados: Los que estaban atormentados encontraron la paz; y toda la gente quería tocarlo, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.

¿Qué significa para mí tocar a Jesús? ¿He sentido esa fuerza del perdón, ese cariño de Dios, que me impulsa a amar como me siento amado? ¿Dejo que la alegría de Dios se manifieste en mi debilidad? (2Co 12,9). Para que el que se gloríe, lo haga en el Señor (1Co 1,31), pues para Dios no hay nada imposible (Lc 1,37.48).

El ser “creídos” nos lleva a ser “descreídos”, porque nos priva de la cercanía y la experiencia de Dios; nos hace ser autosuficientes. Date cuenta de la gracia que te confía y agradece a quien te la da.

Domingo, 17 de septiembre 2017

“Todo ha sido creado para que el ser humano disfrute de la creación.”

Si 27,33-28,9 Perdona la ofensa de tu prójimo.

Sal 102, 1-4. 9-12 El Señor es bondadoso y compasivo, lento a enojarse y de gran misericordia.

Rm 14,7-9 Ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí.

Mt 18,21-35 Se compadeció, lo dejó ir y, además, le perdonó la deuda.

El rencor y la ira son abominables, y ambas cosas son patrimonio del pecador. Perdona el agravio a tu prójimo y entonces, cuando ores, serán absueltos tus pecados. Si un hombre mantiene su enojo contra otro, ¿cómo pretende que el Señor lo sane? ¡No tiene piedad de su hermano y se atreve a implorar por sus pecados! Acuérdate de que Dios te perdonó primero y no guardes rencor a tu prójimo; y pasa por alto la ofensa. Él perdona tus culpas y cura tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. No nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas.

Cristo murió y volvió a la vida para ser Señor de los vivos y muertos. Por tanto, en la vida como en la muerte somos del Señor.

¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano? Las mismas que tu Dios te perdona. Dios nos perdona a base de tener misericordia con nosotros, no se cansa de perdonar, pero le duele ver que no nos dejamos perdonar, ¡qué desagradecidos que somos!

¡Miserable! Me suplicaste, y te perdoné la deuda. ¿No debías hacer tú lo mismo?

Perdóname, que sienta tu perdón, para que brote de mí el perdonar, que me impulse el perdonar como me siento perdonado. No es: como yo perdono, sino para que yo perdone, como me perdonas tú.

No hay condena para los que están unidos a Cristo Jesús, porque el Espíritu nos libra de la Ley (Rm 8,1-2). Pues el Señor es justo y bondadoso en todas sus acciones (Sal 144).

Pautas de oración

Disfrutar del abrazo del perdón es de lo más gratificante.



Quien se deja perdonar, conoce el amor de Dios.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES